

“El Hombre, la Tierra y sus Derechos”

Dr. Ismael Clark

“Los Hombres y La Tierra compartimos una herencia común. Nosotros y nuestros gobernantes somos los custodios de esta herencia. Cada uno y toda la humanidad deberían comprender que la más mínima depredación mutila, destruye y conduce a pérdidas irreversibles. Cada forma de desarrollo debe respetar la singularidad de esta herencia”. En tales términos, prudentes e inspirados, se expresa la “Carta de los derechos de la Tierra”, documento que emanara de una Conferencia Internacional sobre el tema celebrada en 1991.

Justo al año siguiente, en 1992, tuvo lugar la gran Conferencia Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo de Naciones Unidas, que pasó a ser conocida como “Cumbre de La Tierra”. En este cónclave, se elevó admonitoria y casi solitaria la seria advertencia de un estadista de particular visión: “Hay una especie en peligro de extinción: el Hombre”. Su exponente fue el entonces Presidente de Cuba, Fidel Castro.

Esa renombrada conferencia internacional llamó a elaborar y poner en práctica un plan de acción en todos los países, a partir de un grupo de premisas aceptadas por consenso que pasaron a ser conocidas como “Agenda 21” en referencia al siglo en el cual nos hemos adentrado, transcurridas casi dos décadas desde las Conferencias que menciono. Poco o nada sin embargo, salvo quizá para mal, han cambiado las prácticas humanas desde entonces. De la simple evocación de los títulos y principales temas de estas dos reuniones internacionales aflora una interrelación contradictoria y a menudo conflictiva entre humanidad y naturaleza, al menos en el modo que ha transcurrido hasta el presente.

El muy respetado científico contemporáneo Paul Crutzen, laureado con el premio Nobel, aboga por denotar definitivamente esa impronta humana esencialmente perturbadora en la propia terminología científica utilizada para referirse a la historia de nuestro Planeta. Este eminente estudioso sostiene que debiéramos identificar una nueva era geológica -que él propone denominar Antropoceno- como resultante de la actividad humana en los últimos (apenas) 200 años, más o menos. Cuento con algunos buenos y muy calificados amigos geólogos para quienes sería motivo de risa, de no ser tan serio el asunto, la invocación de (apenas) años y siglos para denotar una era,

habida cuenta de los grandes lapsos temporales, equivalentes habitualmente a miles y millones de años, en que han ido delimitando su cada vez mayor conocimiento y comprensión de la historia natural de nuestro planeta Tierra.

De hecho, nos encontramos en medio de la proclamación del año 2008 como el Año de las Ciencias de la Tierra al Servicio de la Sociedad por los órganos internacionales competentes, y de una activa participación de investigadores y organizaciones científicas de nuestro país en sus actividades, por lo que considero de utilidad traer a la atención del lector algunos datos y conceptos, siempre con la intención de contribuir a elevar nuestra sensibilidad social sobre el tema,

De modo muy notable, la población humana creció en diez veces en los últimos trescientos años y, en particular, se cuadruplicó en el último siglo. A su vez, la urbanización más que se decuplicó en los últimos cien años, al extremo de que casi la mitad de la población total del planeta habita hoy en ciudades, muchas de ellas verdaderas megalópolis. El consumo de energía creció a su vez 16 veces en ese mismo periodo y, al momento actual, virtualmente un 50% de las tierras del planeta han sido modificadas por actividades humanas.

Algunos indicadores citados por el propio Crutzen pueden resultar aún más reveladores. Por ejemplo, el consumo de agua por los humanos se elevó en nueve veces en los últimos cien años; en su mayor parte, esta se destina a la irrigación, en el orden de un 70%. Más impactante aún resulta cuantificar ciertos consumos específicos, que pueden resultar cifras asombrosas para el lector común. Por ejemplo: se necesitan veinte mil litros de agua para cultivar un kilogramo de café, o cinco mil litros de agua para obtener un kilogramo de queso. Son datos ciertamente impresionantes.

En lo que se refiere a los suelos, su ritmo de erosión se estima que excede en quince veces el que pudiera atribuirse a causas naturales. De continuar las cosas a ese ritmo, el volumen de suelos erosionados por acciones humanas en los próximos 50 años sería suficiente para rellenar el famoso Gran Cañón del Colorado.

Pero hay más: el profesor Ken Caldeira, de la Universidad de Stanford, presentó hace poco junto a otros científicos y ante el director ejecutivo del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, Achim Steiner, el informe que lleva por título «En aguas muertas».

Al decir de Steiner, «la pesca intensiva y el arrastre de fondo están degradando el hábitat y amenazando la productividad y la diversidad biológica». Las áreas dañadas por el arrastre tardarán siglos en recuperarse. Pero no sabemos si se está a tiempo, toda vez que los científicos advierten de que «si ya existen proyecciones que indican el colapso de la industria pesquera como resultado de la sobreexplotación, es muy probable que ese colapso se adelante a consecuencia de múltiples factores que actúan de forma combinada, entre ellos el cambio climático». Las malas prácticas, junto a la contaminación y el calentamiento global, pueden llevar a que «en sólo 30 o 40 años desaparezca la industria pesquera y se produzca el colapso biológico de los mares».

Retornamos, entonces, a un punto cercano al de partida: ¿Quién puede hacerse responsable por la situación prevaleciente? ¿Qué debe hacerse de ahora en adelante? A menudo, en mis propias letras, denunciemos al consumismo como fuente aberrante de la situación actual y derrotero seguro hacia la catástrofe. ¿Qué puede hacerse entonces, si es que algo es posible?

Al decir de Leonardo Boff, el consumismo a que ha dado lugar la cultura del capital está en la base del hambre de miles de millones de personas y de la actual escasez de alimentos de la humanidad. Frente a esa situación, ¿cómo debería ser el consumo humano? Boff lo describe mediante calificativos elocuentes: *adecuado, justo y equitativo, solidario, responsable*, pero sobre todo: *realizador de la integridad del ser humano*. Éste tiene, en efecto, necesidad de conocimiento, de comunicación, que satisface a través de relaciones personales y sociales que le permiten dar y recibir, y en ese intercambio los humanos nos complementamos y crecemos. Tenemos, en fin, necesidad de amar y de ser amados.

Coincido plenamente con el teólogo en que estas formas de consumo no cuestan y no gastan energía; presuponen simplemente el empeño y la apertura a la solidaridad, a la compasión y a la belleza. Estas formas configuran, según mi parecer, un concepto mucho más humano, más pleno del *bienestar* que la incesante multiplicación del consumo material. Representarían, pienso yo, un camino más cierto y seguro para la conciliación entre los legítimos derechos del Hombre y de La Tierra.

Fuente: Letra con Filo (Cubarte)